

China: La Restauración del Gran Imperio

Richard Halloran

Tomado de la revista *Parameters*, número de verano de 1998.
Derechos reservados por el autor © 1998.

EN LA COMPETENCIA por influir en Asia, China ha tomado la delantera en el año recién pasado con una clara estrategia concebida para alcanzar objetivos discernibles, al mismo tiempo que Estados Unidos se ha vulnerado con una doctrina aparentemente sin propósito. En breve, Beijing ha florecido mientras que Washington ha languidecido.

La ambición de los líderes chinos es restaurar a su nación en su posición tradicional como el Gran Imperio, el Estado protector de Asia al que las demás naciones le deben rendir homenaje. En lo relacionado con su estrategia, los líderes chinos han evidenciado pocas intenciones de conquistar a sus vecinos con la fuerza militar, sino que pretenden adquirir una potencia política y económica de tal magnitud que ninguna decisión importante se pueda tomar en cualquier capital asiática sin el consentimiento previo de Beijing.¹

A modo de contraste, la administración de Clinton, cuyo segundo turno se inició con promesas de aumentar el nivel de atención prestada por Estados Unidos a Asia, no ha elaborado ninguna política comprensiva sobre dicha región en general, y en especial sobre China. Los formuladores de la política en Washington, aparentemente ignorantes de las ambiciones y estrategia de China, han propuesto una doctrina vaga de “cooperación” y se han dejado sorprender por los eventos, el más notorio de los cuales fue la crisis financiera sufrida por Asia a partir del mes de julio de 1997.

Cuando el presidente Clinton se preparó para hacer un viaje a China a fines del mes de junio de 1998, la ecuación estratégica entre Estados Unidos y China era asimétrica:

- En el ámbito militar, los chinos parecen haberse percatado de la superioridad de las Fuerzas Armadas estadounidenses, al menos en los años venideros. China continúa modernizando a sus fuerzas, pero hace ya dos

años que no amenaza con iniciar una guerra y, en efecto, se muestra afanosa por evitar una confrontación con Estados Unidos.

- En el campo político, China ha emprendido lo que un funcionario estadounidense ha tenido a bien denominar una “explosión de la diplomacia”, justamente al momento en que Beijing pretendía asegurar las fronteras de China formando un círculo cerrado alrededor del país. Las visitas del presidente Jian Zemin a Estados Unidos, Canadá y México en 1997 representaron la extensión de dicha campaña diplomática.

- Económicamente, China les ha arrebatado la iniciativa a Estados Unidos y al Japón, por cuanto ha logrado presentarse como la potencia principal más interesada en ayudar a las naciones asiáticas a superar sus respectivas crisis económicas. China ha iniciado el proceso de reforma de su propia economía, habiendo prometido además servir como una especie de “isla de seguridad” para sus vecinos afligidos.

En suma, los líderes de China parecen estar posicionando a su país para dominar a Asia por medios políticos, antes que militares, y pretenden obligar a Estados Unidos a retirarse poco a poco del continente, o bien permitirán que los intereses estadounidenses prosperen sólo con el consentimiento explícito de Beijing. La palabra clave en Asia hoy en día es “hegemonía” y por más que Beijing niegue su intención de lograr tal preeminencia, sus acciones se basan en un concepto tan antiguo como la propia China.

En efecto, los ideogramas del nombre de China, Chung Kuo, significan el Gran Imperio, concepto éste que se remonta a los Anales Primaverales y Otoñales del octavo siglo A.de C., cuando los chinos comenzaron a formular la noción de un reino superior a todos los otros a su alrededor. A través de los siglos, la creencia en el Gran Imperio ha perdurado, aún cuando los chinos se

Los líderes de China parecen estar posicionando a su país para dominar a Asia por medios políticos, antes que militares, y pretenden obligar a Estados Unidos a retirarse poco a poco del continente, o bien permitirán que los intereses estadounidenses prosperen sólo con el consentimiento explícito de Beijing. La palabra clave en Asia hoy en día es “hegemonía” y por más que Beijing niegue su intención de lograr tal preeminencia, sus acciones se basan en un concepto tan antiguo como la propia China. En efecto, los ideogramas del nombre de China, Chung Kuo, significan el Gran Imperio, concepto éste que se remonta a los Anales Primaverales y Otoñales del octavo siglo A. de C., cuando los chinos comenzaron a formular la noción de un reino superior a todos los otros a su alrededor. A través de los siglos, la creencia en el Gran Imperio ha perdurado, aún cuando los chinos se sujetaron sucesivamente a los mongoles, a los manchú, y al occidente. El erudito estadounidense John King Fairbank previó el surgimiento de un Gran Imperio moderno hace 40 años, cuando escribió que los líderes comunistas de China “son los herederos de la tradición imperial del Gran Imperio; rehusan permitir que la suya se considere una nación de segunda”.

sujetaron sucesivamente a los mongoles, a los manchú, y al occidente. El erudito estadounidense John King Fairbank previó el surgimiento de un Gran Imperio moderno hace 40 años, cuando escribió que los líderes comunistas de China “son los herederos de la tradición imperial del Gran Imperio; rehusan permitir que la suya se considere una nación de segunda”.

La estrategia adoptada por China para restaurar el Gran Imperio comenzó a tomar forma hace aproximadamente dos años, tras la conducción de ejercicios terrestres, marítimos y aéreos y el lanzamiento de misiles por parte del Ejército de Liberación Popular, en las orillas frente a la isla de Taiwán, la cual es considerada por Beijing como una provincia separatista. Dichas maniobras se realizaron con el objetivo de intimidar a Taiwán hasta tal punto que abandonara su declaración de independencia. Pero Estados Unidos, país que lleva ahora 25 años insistiendo en que la cuestión de Taiwán se resuelva por medios pacíficos, envió dos portaaviones a las aguas al este de Taiwán al mismo tiempo que emitió fuertes advertencias

diplomáticas a Beijing. Los chinos retrocedieron, debido en parte a la insuficiencia de sus fuerzas anfibas para realizar el cruce del Estrecho de Taiwán. Es más, China quedó sorprendida ante la resistencia de los países de Asia del Sur ante sus tentativas en el Mar de China Meridional, donde varias naciones poseen armadas modernas pequeñas, sin embargo eficaces. Todos estos factores, en su conjunto, parecen haber persuadido a los líderes chinos de que su Ejército de Liberación Popular no constituiría una amenaza creíble por otra década más, como mínimo.

No obstante estas consideraciones, el Ministro de Defensa, Chi Haotian, sorprendió a muchos oficiales estadounidenses en el mes de diciembre de 1996, cuando, en la Universidad Nacional de Defensa en Washington, pronunció un discurso descrito por muchos como belicoso.² Es más, las evidencias visibles indican que los chinos se han mantenido firmes en su resolución de realizar su ambición de largo plazo de convertir al Ejército de Liberación Popular en una fuerza mundialmente temida. En marzo de 1998, el general Zhang Wannian y el Ministro de Defensa Chi le informaron al Congreso Popular Nacional que los planes para despedir a 500.000 tropas con el fin de obtener una fuerza más moderna y mejor equipada, habrían de proceder de acuerdo con el programa previsto durante los tres años venideros. Zhang aseveró que el Ejército de Liberación Popular habría de “perseverar en el fortalecimiento del Ejército a través del empleo de la ciencia y la tecnología”, en tanto que Chi prometió que los oficiales serían “capacitados en lo político, competentes en lo militar, lógicos en cuanto a su modo de trabajar, bien disciplinados, y dotados de los medios adecuados de apoyo logístico”.³

Junto con lo anterior, China continúa importando aviones de caza, submarinos, buques destructores y tecnología militar de Rusia. Se ha divulgado que China pretende comprar portaaviones en el exterior, y recientemente ha surgido la especulación de que Beijing adquirirá el portaaviones incompleto *Varyag*, de 33.600 toneladas, de Ucrania. De acuerdo con los informes difundidos en la prensa de Hong Kong, una compañía poco conocida en Macao, la colonia portuguesa al otro lado del estuario del río Perla, había comprado dicho portaaviones por el propósito inverosímil de convertirlo en un centro de atracciones. Anteriormente, los chinos habían trabado negociaciones con Francia para adquirir el *Clemenceau*, el cual habrá de retirarse al poco tiempo para ser reemplazado por el portaaviones impulsado por energía nuclear, el *Charles de Gaulle*.⁴

A vía de respuesta a los planes militares de China, los líderes militares estadounidenses han tratado de evitar cualquier desacierto por parte de los chinos. Hace un año el general John M. Shalikashvili, entonces Jefe del Estado Mayor Conjunto, les advirtió a los oficiales del

Los buques *Harbin* y *Nancang* de la Armada china zarpan del puerto de Pearl Harbor tras una visita de amistad con elementos de la Armada estadounidense, conducida en mayo de 1997.

Foto: Departamento de Defensa



Un elemento crítico en [la política de defensa] estadounidense ha sido invitar a 200 funcionarios de defensa y oficiales militares chinos que se desempeñan en los más altos niveles, para que observaran a los soldados norteamericanos manejar tanques M1A1 y disparar sus cañones con una precisión asombrosa, a los aviadores pilotear aviones de caza en formaciones intrincadas y batir objetivos simulados con precisión, y a marineros a bordo de buques en Pearl Harbor, en Hawaii, operar sensores dotados de la tecnología de punta capaces de detectar y alcanzar objetivos distantes en alta mar.

Ejército de Liberación Popular en Beijing que la crisis en Taiwán quizás pudiera haber tenido “consecuencias imprevisibles”. El almirante Joseph W. Prueher, Comandante en Jefe de las fuerzas estadounidenses en el Pacífico, reiteró la misma idea ante un público parecido en diciembre de 1997, cuando afirmó que a través de un aumento en los intercambios militares chino-estadounidenses, sería posible “reducir la posibilidad de que se produzcan malentendidos y desaciertos”.⁵

El secretario de defensa William S. Cohen presentó un discurso contundente ante la Academia de Ciencias Militares en Beijing en el mes enero de 1998, ocasión en que señaló que Estados Unidos divulgaba abierta y francamente información relativa a su poderío militar, porque tal actitud sirve a los intereses nacionales. “Permitir que otros observen nuestras intenciones pacíficas y nuestra capacidad militar”, según él, “ayuda a evitar cualquier malentendido y desacierto que pueda resultar de temores infundados o de desaciertos provocados por información equivocada.”⁶

Un elemento crítico en este esfuerzo estadounidense ha sido invitar a 200 funcionarios de defensa y oficiales militares chinos que se desempeñan en los más altos niveles, para que observaran a los soldados norteamericanos manejar tanques *M1A1* y disparar sus cañones con una precisión asombrosa, a los aviadores pilotear aviones de caza en formaciones intrincadas y batir objetivos simulados con precisión, y a marineros a bordo de buques en Pearl Harbor, en Hawaii, operar sensores dotados de la tecnología de punta capaces de detectar y alcanzar objetivos distantes en alta mar.⁷

“A mi juicio”, según concluyó el almirante Prueher en una entrevista en su cuartel general que domina Pearl Harbor, “los chinos . . . entienden la potencia de nuestras fuerzas militares.” El almirante agregó que su comando no se dispone a “pedir disculpas por la potencia de las fuerzas militares estadounidenses”, y que no veía beneficio en “constantemente fanfarronear la potencia de nuestras instituciones militares”. Tras una breve pausa, reconoció calladamente, “De vez en cuando resulta

El Ministro de Defensa, Chi Haotian, sorprendió a muchos oficiales estadounidenses en el mes de diciembre de 1996, cuando, en la Universidad Nacional de Defensa en Washington, pronunció un discurso descrito por muchos como belicoso. Es más, las evidencias visibles indican que los chinos se han mantenido firmes en su resolución de realizar su ambición de largo plazo de convertir al Ejército de Liberación Popular en una fuerza mundialmente temida. En marzo de 1998, el general Zhang Wannian y el Ministro de Defensa Chi le informaron al Congreso Popular Nacional que los planes para despedir a 500.000 tropas con el fin de obtener una fuerza más moderna y mejor equipada, habrían de proceder de acuerdo con el programa previsto durante los tres años venideros. Zhang aseveró que el Ejército de Liberación Popular habría de “perseverar en el fortalecimiento del Ejército a través del empleo de la ciencia y la tecnología”, en tanto que Chi prometió que los oficiales serían “capacitados en lo político, competentes en lo militar, lógicos en cuanto a su modo de trabajar, bien disciplinados, y dotados de los medios adecuados de apoyo logístico”.

útil resaltar la importancia de una estadística”.⁸

Algunos analistas en la Oficina del Pentágono para Apreciaciones de Fuerzas no están muy convencidos de que los chinos hayan captado tales argumentos. En un informe titulado “Dangerous Chinese Misperceptions” (Peligrosos malentendidos de los chinos), hicieron alusión a la creencia de los chinos en el sentido de que Estados Unidos es una potencia en decadencia y que China se encuentra en posición para adelantarse a Estados Unidos en la construcción de una fuerza militar tecnológicamente superior. Dichos analistas, que componen un reducido grupo de personas con acceso a toda la inteligencia de EE.UU. y entregan sus informes directamente al Secretario de Defensa, sostuvieron que los chinos creen que muchas veces las potencias relativamente débiles pueden derrotar a las más poderosas. En su informe, difundido en el diario *The Washington Post* en febrero de 1998, los autores

manifestaron su inquietud respecto a la percepción china de que los estadounidenses carecen inherentemente de la voluntad de lucha, condición que podría contribuir a una decisión peligrosa en Beijing de atacar Taiwán.⁹

La perspectiva de los oficiales militares chinos depende de su generación dentro del Ejército de Liberación Popular. Ya han fallecido los viejos soldados que lucharon al lado del líder revolucionario, Mao Zedong, contra los japoneses y los nacionalistas chinos. Hoy en día dicho Ejército es liderado por la generación que alcanzó la madurez durante la Guerra de Corea y que ha combatido contra Estados Unidos, Corea del Sur, India, la Unión Soviética, y Vietnam; y ha experimentado la derrota. Muchos han viajado al exterior y han observado a otros ejércitos. A manera de contraste, los jóvenes coroneles que habrán de dirigir al Ejército de Liberación Popular en el siglo XXI no han luchado, no han salido del país, y son considerados por muchos en China y en Occidente como nacionalistas y de miras estrechas, aún cuando reconozcan la superioridad tecnológica de Estados Unidos. De ahí que este país se muestre tan interesado en tomar contacto con ellos, sin haber logrado hacerlo hasta el presente por razones aún poco claras.¹⁰

Los líderes chinos, percatándose de que cualquier medida militar inmediata dirigida contra Estados Unidos probablemente resultará ineficaz, han confeccionado una campaña política en el estilo clásico chino. Desde el anciano estratega Sun Tzu hasta el revolucionario moderno Mao Zedong, los chinos han considerado la guerra y la política como fenómenos inseparables. En las palabras del propio Mao, “La política es la guerra sin matanza, en tanto que la guerra es la política con matanza”.

Los objetivos de la campaña diplomática de Beijing, iniciada con el objetivo de fortalecer las fronteras nacionales, han sido Rusia, Corea del Norte y del Sur, Japón, la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (*Association of Southeast Asian Nations; ASEAN*), India, Paquistán, y las nuevas repúblicas de Asia Central. Los viajes del presidente Jiang a Norteamérica se hicieron con la intención de aumentar el prestigio internacional de China, al mismo tiempo que le mostró al público chino que su presidente se resolvía a ser un actor principal en la escena mundial.

El presidente Jiang supo evocar una nueva imagen del Gran Imperio, en un discurso pronunciado ante el 15º Congreso del Partido Nacional en el mes de septiembre de 1997, cuando afirmó la necesidad imperante de que Beijing mantuviera “buenas relaciones con los países vecinos”.¹¹ China pretendió instaurar una condición de coexistencia pacífica con Rusia durante una visita a Moscú realizada por el presidente Jiang en abril de 1997, seguida de otra por el oficial militar de más alta jerarquía de las Fuerzas Armadas chinas, Liu Huaqing, cuatro meses después. El presidente ruso



Foto: Wide World

En el ámbito económico, ya es evidente que China ejerce gran influencia a medida que las naciones asiáticas se recuperan tras los choques sufridos en el sector financiero. Ésta es la primera vez, desde el año 1949, cuando se instituyó la República Popular de China, que Beijing se encuentra en una posición decisiva en una crisis internacional. Durante el reino del líder revolucionario, Mao Zedong, China fue sacudida por la turbulencia interna producida por el “Gran Salto Hacia Adelante” y la Revolución Cultural. Posteriormente, en 1978, Deng Xiaoping sucedió a Mao, encaminando al país en un programa de reforma económica que sufrió reveses tras el episodio de Tiananmen en 1989, cuando centenares aún descontados de activistas democráticos fueron muertos. Deng falleció en febrero de 1997, cuando accedió al poder el presidente Jiang Zemin.

Boris Yeltsin visitó a Beijing en noviembre, y Li Peng, entonces Primer Ministro y actualmente presidente del Congreso Nacional Popular, hizo lo mismo con una visita en febrero del año siguiente. Yeltsin y Li emitieron una declaración conjunta en la cual abogaron por “la multipolarización del mundo y el establecimiento de un nuevo orden mundial”, lo cual, en la jerga de los diplomáticos, se traduce en un esfuerzo por impedir que Estados Unidos mantenga su predominio en la escena internacional.¹²

Con Japón, China ha mantenido relaciones tensas sin embargo productivas. El Primer Ministro del Japón, Ryutaro Hashimoto, viajó a China en septiembre de 1997, oportunidad aprovechada por el presidente Jiang para recordarle que Japón debería reflexionar sobre las atrocidades cometidas por los japoneses en China durante la guerra y resistirse a unirse con Estados Unidos en los esfuerzos por tratar de contener a China. Un funcionario superior japonés la-

mentó en privado, “Los chinos pretenden someternos a una posición inferior”.

En lo relativo a las potencias medianas de Asia Oriental, China ha intentado expandir sus relaciones políticas y económicas con Corea del Sur, al mismo tiempo que ha mantenido su alianza ideológica y militar con Corea del Norte. Beijing ha llegado a ser un participante principal en los asuntos coreanos, especialmente en las negociaciones de los cuatro partidos —a saber, China, Estados Unidos y los dos países coreanos— concebidas como preparativo para un tratado de paz formal que anunciara oficialmente la finalización de la Guerra de Corea de 1950-53.

En particular, Beijing ha cultivado sus relaciones con los países de Asia del Sudeste. El primer ministro Li Peng, en un esfuerzo por calmar las aprehensiones de los habitantes de dicha región relativas a las pretensiones chinas en el Mar de China Meridional, aseveró en un discurso presentado en Kuala Lumpur: “China no quiere

que este problema se agrave, dando como resultado que afecte los lazos diplomáticos”. La influencia de Beijing en Tailandia, tanto oficialmente como a través de empresas conjuntas tailandés-chinas, ha sido tan preponderante que provocó la siguiente queja mordaz de un tailandés: “La política exterior de Tailandia se formula en Beijing”. Se ha informado que la influencia de Beijing en Myanmar (antes Birmania) era extensa, no obstante el corte derechista de la junta gobernante en Yangón (ex Rangún). El presidente Jiang se destacó en la conferencia cumbre de líderes asiáticos, reunidos en Malasia en diciembre con el objetivo de analizar sus problemas económicos. Jiang declaró en esa ocasión: “La turbulencia económica nos ha enseñado una lección: la seguridad económica debería sellar la seguridad financiera”.¹³

Vietnam ha presentado un caso especial para Beijing, debido a la breve guerra chino-vietnamita en 1979 que terminó en forma ignominiosa para China. Cuando en el mes de julio del mismo año Jiang Zemin recibió al entonces secretario general del partido comunista de Vietnam, Do Muoi, se refirió elípticamente a dicho conflicto al decir que, “ciertos asuntos históricos restantes” podrían ser resueltos siempre y cuando ambos partidos los vieran con altura de miras, entendimiento mutuo y la voluntad de consultarse en forma razonable y justa.¹⁴

China cerró el círculo cuando negoció acuerdos con las repúblicas recién independizadas de Asia Central, con el objetivo de obtener la reducción de sus fuerzas militares dispuestas a lo largo de la extensa frontera occidental de China. Se incrementó el comercio en el Ferrocarril de Xinjiang Sur que se enlaza con el Ferrocarril de Kirguistán; actualmente se está construyendo un ferrocarril nuevo que tendrá la capacidad para transportar seis toneladas de bienes para el fin del siglo. En septiembre de 1997 se reunieron, en la parte occidental de China, delegados provenientes de Kazajistán, Uzbekistán, Kirguistán, Turkmenistán, Tayikistán y China, ocasión en que un alto funcionario del Ministerio de Comercio chino, Liu Xiangdong, aseveró que, “China y los países centroasiáticos pueden complementarse mutuamente en lo relativo a la estructura económica”.¹⁵

Internamente, los líderes chinos han representado a Estados Unidos como un enemigo resuelto a “contener” a China e impedir que tome su debida posición de preeminencia global. Un erudito en Beijing se inclinó en su silla para preguntarle a un visitante norteamericano: “¿Por qué Estados Unidos se esfuerza tan enérgicamente por contener a mi país?”; pregunta reiterada por un investigador en Shanghai de la siguiente manera: “¿Por qué Estados Unidos teme que China se vuelva más fuerte y que nuestra población alcance un mayor nivel de vida?”. En una asamblea de chinos en el Parque Popular en Shanghai, reunidos para practicar el inglés con per-

sonas de habla inglesa, un hombre joven observó que escuchaba a la Voz de América en inglés y en chino y le molestaba lo que él consideraba como mensajes antichinos. Otro destacó lo que él llamaba “legislación antichina” en el proceso de ratificación en el Congreso estadounidense. Cuando se les pidió identificar cuáles son los líderes políticos estadounidenses responsables de promover la supuesta política de contención de China, la mayoría de los chinos contestó que no sabía los nombres. Cuando se les hizo contestar por qué creían que Estados Unidos quería contener a China, señalaron a la prensa controlada por el Gobierno: “Se encuentra en todos los diarios”.¹⁶

A modo de contraste con la diplomacia china, Washington recalco su apatía cuando demoró mucho tiempo en nombrar a un subsecretario de estado para la Asia Oriental y a los embajadores estadounidenses en Corea del Sur y Japón, países éstos que supuestamente son los aliados claves de Estados Unidos en la región. La Secretaria de Estado, Madeleine Albright, hizo un viaje exploratorio a Europa, Rusia y Asia poco después de asumir como secretaria, pero desde ese momento le ha prestado mínima atención a Asia, con excepción de una reunión del Foro Regional de la ASEAN cuando ella se embrolló en discusiones acaloradas con diversos líderes asiáticos sobre cuestiones de derechos humanos y asuntos económicos; posteriormente programó un viaje a China previo a la llegada del presidente Clinton a dicho país. La reunión del presidente Clinton y el presidente Jiang en Washington, la cual tuvo lugar en el mes de octubre de 1997, produjo gran publicidad mundial para el líder chino sin redundar en logros más sustanciales que la firma de acuerdos tendientes a continuar el diálogo iniciado entre los dos países, aumentar los intercambios de oficiales militares, y prevenir cualquier contratiempo en alta mar. En una ceremonia en Beijing en el mes de enero de 1998, el secretario de defensa Cohen firmó el referido acuerdo, el cual es similar al pacto firmado hace muchos años entre Estados Unidos y Rusia con la misma finalidad.

Algunos comentaristas influyentes de asuntos asiáticos han dirigido críticas severas al presidente norteamericano. “La imagen de Clinton en Asia”, según Nayan Chanda, editor de la revista *Far Eastern Economic Review*, “es la de un presidente indeciso, tan preocupado por los escándalos internos que les ha entregado a diferentes grupos, impulsados por sus propios intereses creados, la formulación de la política exterior estadounidense”. En un artículo publicado en el número de invierno de la revista *Foreign Policy*, Chanda escribió: “Los titubeos presidenciales demuestran que Asia no es más que una cuestión de táctica en las riñas relacionadas con la política interna estadounidense, pues no se trata de una estrategia de política exterior”.¹⁷

Yoichi Funabashi, el corresponsal jefe sobre asuntos diplomáticos de la publicación japonesa *Asahi Shimbun*, en un artículo que apareció en la misma revista, acusó a quiénes formulan la política en Washington de haber adoptado una actitud antagónica para con China y Japón, de una falta de voluntad para poner fin a lo que muchos consideraban un efectivo asalto verbal contra Asia, y de reaccionar sin mayor interés al tumulto económico en Asia. Funabashi le atribuyó a Clinton el mérito de haber vinculado los objetivos estratégicos con los económicos, pero no pudo identificar ninguna estrategia regional comprensiva que emanara de la Casa Blanca.¹⁸

Internamente, la administración parece haberse atrapado entre los liberales, que siguen instando por castigar a China por las violaciones de derechos humanos; los conservadores, que quieren que el presidente le dé un apoyo más contundente a Taiwán; los críticos políticos, afanosos por paralizar al partido demócrata acusándole de haber aceptado contribuciones ilícitas de diferentes fuentes asiáticas durante la campaña presidencial; y ejecutivos de grandes empresas comerciales, interesados en obtener más acceso al mercado chino. En su esfuerzo por encontrar el término medio capaz de satisfacer a todos, los formuladores de la política han vacilado sin lograr satisfacer a nadie. En el mes de marzo [de 1998], la administración divulgó que no iba a presentar una resolución ante la Organización de las Naciones Unidas para criticar los abusos de derechos humanos de China, pero esta decisión no le resultó muy favorable.

En el ámbito económico, ya es evidente que China ejerce gran influencia a medida que las naciones asiáticas se recuperan tras los choques sufridos en el sector financiero. Ésta es la primera vez desde el año 1949, cuando se instituyó la República Popular de China, que Beijing se encuentra en una posición decisiva en una crisis internacional. Durante el reino del líder revolucionario, Mao Zedong, China fue sacudida por la turbulencia interna producida por el “Gran Salto Hacia Adelante” y la Revolución Cultural. Posteriormente, en 1978, Deng Xiaoping sucedió a Mao, encaminando al país en un programa de reforma económica que sufrió reveses tras el episodio de Tiananmen en 1989, cuando centenares aún descontados de activistas democráticos fueron muertos. Deng falleció en febrero de 1997, cuando accedió al poder el presidente Jiang Zemin.

Los chinos, mientras se aprovechan del tumulto económico para sacar beneficios políticos, han prometido no devaluar la moneda nacional del cambio actual de 8,3 renminbis por dólar, pues tal acción tendría el efecto de reducir el costo de las exportaciones chinas con un impacto devastador en las de sus vecinos asiáticos. En negociaciones privadas, los chinos insistieron en agregar una cláusula de excepción, informando a los diplomáti-

Internamente, los líderes chinos han representado a Estados Unidos como un enemigo resuelto a “contener” a China e impedir que tome su debida posición de preeminencia global. Un erudito en Beijing se inclinó en su silla para preguntarle a un visitante norteamericano: “¿Por qué Estados Unidos se esfuerza tan enérgicamente por contener a mi país?”; pregunta reiterada por un investigador en Shanghai de la siguiente manera: “¿Por qué Estados Unidos teme que China se vuelva más fuerte y que nuestra población alcance un mayor nivel de vida?”. En una asamblea de chinos en el Parque Popular en Shanghai, reunidos para practicar el inglés con personas de habla inglesa, un hombre joven observó que escuchaba a la Voz de América en inglés y en chino y le molestaba lo que él consideraba como mensajes antichinos. Otro destacó lo que él llamaba “legislación antichina” en el proceso de ratificación en el Congreso estadounidense.

cos que no iban a devaluar la moneda “durante el año en curso”.¹⁹

Beijing tiene el lujo de adoptar tal posición porque cuenta con un total de US\$ 143 mil millones de cambio extranjero en reservas, fondos éstos que puede emplear para ayudar a las naciones asiáticas afligidas y para absorber cualquier pérdida sufrida en sus propias exportaciones; sin embargo, cabe señalar que las exportaciones chinas subieron en un 16 por ciento durante los dos meses iniciales del presente año. Las reservas chinas son superadas sólo por los US\$ 220 mil millones que posee Japón, y exceden a las reservas combinadas de Alemania (con US\$ 77 mil millones) y Estados Unidos (con US\$ 59 mil millones). El Director General del Departamento del Comercio Exterior y Relaciones Económicas, Bao Kexin, observó en enero de 1998 que China se constituirá en una “isla segura” capaz de mantener la estabilidad financiera de la región.²⁰ Deja de señalar una fuerte incentivación: grandes segmentos de las economías de los países de Asia del Sudeste son controlados por chinos ubicados en ultramar.

China ha jugado una especie de juego de doble efecto en Asia del Sudeste, habiendo contribuido anteriormente a su tumulto económico y, después, prestando asistencia

en sus esfuerzos por superarlo. China devaluó su moneda en un 33 por ciento en el año 1994, con lo cual pudo vender al exterior a mejor precio que los demás países asiáticos y con ello asumió parte de la responsabilidad de los problemas posteriormente experimentados en la región, en cuanto al valor de la moneda y de la bolsa. No obstante tal acción, tan pronto comenzó la actual crisis económica, China acudió con una garantía de US\$ 1 mil millones para Bangkok, como parte de un paquete internacional diseñado para reforzar la economía de Tailandia. Posteriormente Beijing prometió entregar la misma suma a Indonesia siempre y cuando Yakarta aceptara las reformas estipuladas por el Fondo Monetario Internacional.

A vía de contraste con la respuesta célere de China, Washington se demoró en reaccionar a la crisis económica en Asia. Inicialmente la Casa Blanca no les hizo caso a los problemas habidos y demostró más interés en Bosnia, al mismo tiempo que el Departamento del Tesoro no hizo más que repetir aforismos trillados. La posición adoptada por la administración quedó claramente dilucidada en las palabras del Secretario del Comercio, el Sr. William Daley, quien le informó al diario *The Chicago Tribune*: “El punto fundamental es que aquellas economías y aquellos gobiernos tienen que tomar las medidas adecuadas para infundir confianza a sus propios ciudadanos, a sus propias empresas, y a las comunidades comerciales mundiales. Eso no lo podemos hacer por ellos.”

Sin embargo en el mes de enero de 1998, los formuladores de la política en Washington cayeron en la cuenta de que la crisis bien podría perjudicar también a Estados Unidos. El presidente telefoneó al presidente Suharto de Indonesia para exhortarle a instituir las reformas necesarias, y llamó también al primer ministro Hashimoto del Japón, a quien le recomendó que su país también se lanzara a la acción. El Sr. Clinton envió al Subsecretario del Tesoro, Lawrence Summers, a Singapur, Indonesia, Tailandia, Malasia, China y Corea del Sur para que él también instara por los cambios tan urgentemente requeridos. En el discurso anual sobre el Estado de la Unión, presentado ante el Congreso en el mes de febrero del mismo año, el Presidente pretendió consolidar el apoyo necesario para ayudar a las economías asiáticas, afirmando que “. . . prepararnos para una tormenta aún distante que quizás pueda alcanzar nuestra costa, es mucho más prudente que hacerle caso omiso al trueno hasta el momento que las nubes se hayan cernido sobre la patria”. El secretario de comercio partió para las ciudades de Tokio, Seúl y Singapur, acotando que: “Voy a viajar a Asia para reafirmar el compromiso del presidente Clinton para ayudar a aquellas naciones que estén dispuestas a emprender profundas reformas económicas.” Walter Mondale, quien antes sirviera en

calidad de Vicepresidente y de embajador al Japón, fue a Yakarta en marzo para persuadir al presidente Suharto, que aún se mostraba renuente a cumplir con las exigencias establecidas por el Fondo Monetario Internacional. El Senado votó por reembolsar a dicho Fondo con US\$ 18 mil millones, aunque en abril de 1998 aún era cuestionable que la Cámara de Representantes aprobara esta suma. Es más, toda la ciudad de Washington parecía haber desviado la atención de tales cuestiones, fijándose más bien en las batallas legales entre la Casa Blanca y el Fiscal Especial, el Sr. Kenneth Starr.

Washington dejó de ver el descarrilamiento del tren económico por varias razones, una de las cuales fue lo que un analista político ha identificado como “una política centrada en Bosnia”. Los funcionarios de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) señalaron que ésta y otras organizaciones de inteligencia se concentraban en analizar cuestiones de política y seguridad, antes que asuntos económicos. Según confesó un economista del Gobierno: “Deberíamos haber vigilado la situación con más acuciosidad.” Los medios de comunicación, los académicos, los centros de investigación y análisis, las comunidades comerciales, bancarias e inversionistas, no salieron con más esmero. Varios economistas reconocieron la presencia de los indicios previo al colapso, pero pocos les prestaron atención. “Esta situación es como un terremoto”, observó un economista, en ocasión de una conferencia organizada por el Centro Asiático-Pacífico para Estudios de Seguridad, el cual es un instituto gubernamental ubicado en Honolulu. “Uno puede escuchar todo el estruendo y ver los sensores que le avisan que las placas se están cambiando de posición. Pero nadie puede decir cuál evento provocará el terremoto ni cuándo va a comenzar ni cuánto daño producirá”.²¹

Asimismo el Sr. Paul Krugman, un economista del Instituto de Tecnología de Massachusetts que anteriormente menospreció el “milagro económico de Asia”, escribió lo siguiente: “Tal pareciera que nadie previó nada tan grave como la actual crisis en Asia.” Agregó que los pesimistas, como él, pronosticaban una crisis de la moneda pero que la situación real ha sido “una baja mucho más grave de lo habían previsto incluso las personas más negativas”.²² Se destaca la revista *Business Week* como excepción, pues en su número del 2 de diciembre de 1996 publicó un artículo titulado, “Asia: Time for a Reality Check” (Asia: Tiempo de averiguar la realidad). Entre las advertencias indicadas en dicho artículo se encuentran una capacidad de producción excesiva, débiles mercados de capital, aumento de costos, mala infraestructura, corrupción generalizada, y entrenamiento inadecuado. La revista *Far Eastern Economic Review*, publicada en Hong Kong, y *The Economist*, en Londres, difundieron advertencias parecidas hace más de un año.

Un asunto estratégico central entre Washington y Beijing sigue siendo el futuro de Taiwán. Japón se ha neutralizado, debido tanto a su propia pasividad como a las acciones realizadas por China. La influencia de Beijing en la península coreana ha crecido en el único lugar donde, a corto plazo, los intereses de China y los de Estados Unidos son paralelos. Pero Asia del Sudeste se ha convertido en un campo de batalla sobre las vías marítimas vitales a través del Mar de China Meridional.

Cuando el presidente Jiang estaba en Washington, resaltó la prioridad que su país le atribuye a la conquista de Taiwán. A sus instancias, una declaración conjunta emitida después de su reunión con el presidente Clinton reza como sigue: “China manifiesta que la cuestión de Taiwán es la más importante y la más sensible en las relaciones entre China y los Estados Unidos.” El presidente estadounidense no disputó este punto.

El Sr. Clinton puso las relaciones estadounidenses con Taiwán en pie de igualdad con sus relaciones con China. En sus comentarios preparados con antelación, afirmó que la política estadounidense “siempre ha permitido que floreciera la democracia en Taiwán, al mismo tiempo que establece el marco en el cual todas las tres relaciones pueden prosperar: entre Estados Unidos y la República Popular de China, entre Estados Unidos y Taiwán, y entre Taiwán y la República Popular de China”. Reiteró la posición estadounidense de que cualquier cambio de la suerte de Taiwán habrá de efectuarse por medios pacíficos. El presidente Jiang respondió con silencio.

La cuestión de Taiwán quizás cambie de aspecto cuando una nueva generación asuma el poder en China en la década venidera; existen evidencias de que esta generación no se muestre igualmente afanosa por conquistar Taiwán. “Quisiera ver que Taiwán llegue a formar parte de China”, observó un editor en Shanghai, “pero no vale la pena luchar por ello.” Un maestro opinó lo siguiente: “Que los taiwaneses decidan por su propia cuenta lo que ellos quieran hacer”, expresando así una opinión que sería inmediatamente rechazada por los dirigentes chinos de la actualidad. Un erudito de Beijing coincidió con estas ideas: “Taiwán no le importa mucho a nadie. Todos tienen otras cosas en mente, pues están tratando de conseguir mejores posiciones.” Un estudiante a nivel graduado, cuando se le preguntó sobre qué conversaban sus amigos en sus momentos de ocio, contestó sin vacilar, “Trabajo”.

Una encuesta informal de aproximadamente treinta personas que se encontraban en el Parque del Pueblo en Shanghai, indicó cuán poco les interesa la cuestión de Taiwán. Cuando se les preguntó cuál era el problema más apremiante ante la China actual, un individuo contestó: “Buenas relaciones internacionales.” Otro:

Washington dejó de ver el descarrilamiento del tren económico por varias razones, una de las cuales fue lo que un analista político ha identificado como “una política centrada en Bosnia”. Los funcionarios de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) señalaron que ésta y otras organizaciones de inteligencia se concentraban en analizar cuestiones de política y seguridad, antes que asuntos económicos. Según confesó un economista del Gobierno: “Deberíamos haber vigilado la situación con más acuciosidad.” Los medios de comunicación, los académicos, los centros de investigación y análisis, las comunidades comerciales, bancarias e inversionistas, no salieron con más esmero. Varios economistas reconocieron la presencia de los indicios previo al colapso, pero pocos les prestaron atención.

“Buenas relaciones con Estados Unidos y Rusia.” El tercero: “La obtención de nuevas tecnologías del Occidente.” El cuarto: “Mejor gobierno en China.” El quinto: “Más comercio.” Entre más de una decena de hombres y mujeres jóvenes, nadie mencionó Taiwán.²³

Con todo, resulta imposible obtener las estadísticas necesarias para perfilar acertadamente a una nación de 1,2 mil millones de habitantes, en la cual los sondeos de opinión pública son controlados por el Gobierno. Y si bien muchos chinos expresaron sus opiniones cuando se les garantizó el anonimato, nadie quería identificarse por temor al castigo que pudiera sufrir. No obstante tales consideraciones, las evidencias anecdóticas son impactantes. Los líderes chinos están conscientes de este sentimiento, pues un alto funcionario chino reconoció en una conversación con un visitante norteamericano que la generación más joven no demostraba el mismo fervor de su propia generación.

Al mismo tiempo que Taiwán ha llegado a constituir una pieza central en las relaciones chino-estadounidenses, Japón ha retrocedido a la periferia a pesar de las repetidas pronunciaciones norteamericanas en el sentido de que Japón constituye el “eje” de la política estadounidense en Asia. Políticamente, Japón se ha paralizado producto de la debilidad de sus líderes, en la presente época en que cinco hombres han servido en calidad de Primer Ministro y presidido sobre

La cuestión de Taiwán quizás cambie de aspecto cuando una nueva generación asuma el poder en China en la década venidera; existen evidencias de que esta generación no se muestre igualmente afanosa por conquistar Taiwán. “Quisiera ver que Taiwán llegue a formar parte de China”, observó un editor en Shanghai, “pero no vale la pena luchar por ello.” Un maestro opinó lo siguiente: “Que los taiwaneses decidan por su propia cuenta lo que ellos quieran hacer”, expresando así una opinión que sería inmediatamente rechazada por los dirigentes chinos de la actualidad. Un erudito de Beijing coincidió con estas ideas: “Taiwán no le importa mucho a nadie. Todos tienen otras cosas en mente, pues están tratando de conseguir mejores posiciones.” Un estudiante a nivel graduado, cuando se le preguntó sobre qué conversaban sus amigos en sus momentos de ocio, contestó sin vacilar, “Trabajo”.

coaliciones inestables durante cinco años, y no se vislumbra el momento en que se restaure la estabilidad política. Económicamente Japón padece de una maldad psicológica, a pesar de que Tokio posee la mayores reservas de cambio internacional del mundo y el país tiene una baja tasa de inflación y de desempleo. Los líderes americanos y asiáticos le han exhortado a Japón a aceptar más importaciones de sus vecinos, pero los japoneses parecen estar tan preocupados por sus problemas internos que le han dedicado muy poca atención a cualquier disturbio más allá de sus propios litorales. El primer ministro Hashimoto ha aseverado: “Japón tiene que velar por su propios intereses nacionales. Nosotros ciertamente no somos tan prepotentes como para dejarnos llevar por la ilusión de que podamos servir como una locomotora para toda Asia.” En marzo de 1998, el Sr. Hashimoto fue a Yakarta con el objetivo de persuadir al presidente Suharto a adoptar una postura más transigente para con el Fondo Monetario Internacional, pero su motivo quizás haya sido, más proteger las mil inversiones y socios comerciales del Japón bien que promover las reformas necesarias.²⁴

Tampoco es probable que Japón se disponga a desempeñar un papel importante en el ámbito de seguridad en el futuro previsible. China, las dos naciones coreanas y, en menor grado, otros países asiáticos, han señalado

que las nuevas guías de defensa negociadas con Estados Unidos podrán estimular un aumento de los medios militares en el Japón, con el resultado de que éste llegue a ser una vez más una nación militarizada. La pregunta central es si Japón tiene o no la voluntad política y las fuerzas armadas requeridas para cumplir con sus obligaciones, según se estipulan en las nuevas guías defensivas. La respuesta es probablemente negativa.

La Fuerza de Defensa Propia del Japón se está reduciendo en aproximadamente el 20 por ciento, conforme con lo dispuesto en un nuevo Esbozo del Programa de Defensa Nacional, basado en la decisión de Tokio de que una fuerza más “comprimida” será suficiente. Más importante aún, es que las Fuerzas de Defensa Propia han experimentado dificultades en reclutar a tropas, pues los japoneses expresaron su condena del militarismo rehusando alistarse en las fuerzas armadas. Los 180.000 efectivos en el servicio regular de las Fuerzas Terrestres se están reduciendo hasta quedar con 145.000, con otros 15.000 miembros de la Reserva integrados en algunas unidades. Las Fuerzas Marítimas y Aéreas están eliminando las unidades capaces de cumplir funciones de desminado y vigilancia aérea en los casos de emergencia identificados en las guías. El gabinete del primer ministro Hashimoto ha reducido el presupuesto quinquenal de defensa en aproximadamente el cuatro por ciento.²⁵ “Ésta será la primera vez, desde que se estableció la Agencia de Defensa en 1954, que los gastos militares serán menores de lo que fueron el año precedente”, según consta en un informe redactado por el Instituto Económico del Japón, el cual es un centro de investigaciones en Washington costado por el Gobierno japonés.

En Corea, la influencia de China tanto en Pyongyang como en Seúl va en aumento debido a que, por lo menos a corto plazo, Washington y Beijing comparten intereses comunes en la península coreana. China y Estados Unidos están afanosos por evitar que estalle una nueva guerra. Ambas potencias pretenden impedir a Corea del Norte la adquisición de armas nucleares que incuestionablemente desestabilizarían el balance del poder en Asia Oriental. Los funcionarios chinos les han informado a sus homólogos estadounidenses que Beijing no permitirá el colapso de Corea del Norte, a pesar de su economía desastrosa, porque su fracaso implicaría la unificación de Corea bajo el Gobierno de Seúl. Beijing no quiere que el Ejército de una Corea unificada, bajo el mando de los surcoreanos, se despliegue en la frontera con Manchuria, a lo largo del río Yalu. Estados Unidos implícitamente se ha mostrado conforme con dicha posición. No obstante el apoyo que sigue expresando por una eventual reunificación coreana, la administración de Clinton ha descubierto que su aquiescencia con China cuadra con una de sus propias prioridades, siendo ésta impedir que Corea del Norte adquiera armas nucleares. Los problemas económicos de Corea del Sur han poster-

gado aún más toda discusión de una posible reunificación, debido a que Seúl ya no se encuentra en condiciones de pagar el costo prohibitivo de revivificar la catastrófica economía norcoreana.

En Asia del Sudeste, China y Estados Unidos son competidores potenciales por el Mar de China Meridional, el cual constituye una vía marítima de vital importancia para las economías y la seguridad de Asia Oriental. En las capitales asiáticas y occidentales mucha ha sido la atención prestada a una multiplicidad compleja de reclamaciones de estados soberanos en dicho mar, debido en parte a la posibilidad de que en él se encuentren grandes depósitos de petróleo y gas natural. Con todo, sólo ha sido en años recientes que Estados Unidos ha comenzado a reconocer el valor marítimo y militar de ese mar. Un estudio realizado en el Centro de Análisis Naval en Washington señaló que “más de la tercera parte de todos los buques del mundo” navegaron a través del Mar de China Meridional en el año 1993. “El tráfico marítimo a través de Malaca es muchas veces mayor que el que transita por el Canal de Suez o el de Panamá”, según consta en el mismo informe, en una referencia al estrecho entre Singapur e Indonesia y que constituye el paso sudoccidental al mar.

Los líderes chinos evidentemente entienden que el control de estas vías marítimas les facilitará dominar Asia Oriental, especialmente en lo referido a los buques petroleros que salen del Golfo Pérsico y atraviesan el océano Índico y el Mar de China Meridional con destino a Corea del Sur, Japón y Taiwán. Es más, con su propia industrialización, China —un país que ya importa más petróleo de lo que produce— reconoce la importancia crítica de impedir que estas rutas marítimas caigan en manos hostiles. Si los buques petroleros que zarpan del Golfo Pérsico destinados para Asia Oriental tuvieran que desviarse y navegar al sur de Australia, el costo del petróleo sería exorbitante.

Por el momento, los líderes en Beijing han optado por seguir un camino de paciencia política antes que beligerancia militar, con el objetivo de ganar la ventaja en esa región.



Foto: Departamento de Defensa

Orientándose al futuro más distante, los chinos están desarrollando una armada de aguas profundas que les permita proyectar la potencia hasta el Mar de China Meridional. Han reclamado las islas Paracel y Spratly y las tienen parcialmente ocupadas; es más, han construido un campo de aviación en las Paracel y tienen la capacidad para instalar misiles en ambos lugares para proteger las rutas marítimas relativamente estrechas. A modo de respuesta, Estados Unidos emitió una advertencia débil hace varios años, en la cual afirmó que el Mar de China Meridional es una vía marítima internacional y que existe la necesidad de preservar la libertad de navegación.²⁶

En suma, Estados Unidos no se esmera en esta competencia con China, debido principalmente a que Washington parece ignorante de que el juego ha comenzado. China ha cambiado las reglas de enfrentamiento, a medida que Beijing ha emprendido un inmenso paso hacia adelante en el ámbito estratégico, recurriendo al empleo de maniobras políticas y económicas como instrumentos de la política nacional. Estados Unidos claramente continúa siendo la potencia militar predominante en China, pero ese poderío armado

resulta poco pertinente cuando China está desarrollando un juego político y económico.

El presidente Clinton tendrá una oportunidad excelente para comenzar a corregir el balance del poder político y económico cuando visite a China. Eso le obligará a definir con claridad los objetivos nacionales de Estados Unidos en Asia, especialmente en lo que guarda relación con China, y establecer una estrategia coherente respaldada por un consenso nacional. Las elocuentes frases retóricas sobre cuestiones de comunicaciones, derechos humanos y comercio internacional que le han servido tan bien en el pasado, ya no serán suficientes.

A largo plazo, Estados Unidos tiene una oportunidad que la historia les concede a muy pocas naciones. La mayoría de los observadores militares en Hong Kong, Taiwán, Japón, el Comando del Pacífico en Hawaii, y en el territorio continental de Estados Unidos, son de opinión que los chinos demorarán un mínimo de diez años en adquirir la potencia militar suficiente para amenazar a los intereses estadounidenses

en Asia. Si la administración de Clinton y las de sus sucesores, quienesquiera que sean, logran actuar con sagacidad, evitan que el presupuesto siga reduciéndose en términos reales, y obtienen una mayor potencia militar sin aumentar los dólares gastados en defensa, Estados Unidos podrá mantener la superioridad sobre China, no obstante los esfuerzos de este país por equipararse militarmente con Estados Unidos durante la próxima década.

La combinación de una estrategia política adecuada para competir con los chinos en su propio terreno, con una estrategia militar capaz de mantener la actual disuasión, podría canalizar las actividades de China para que hiciera un aporte constructivo a la estabilidad y progreso de Asia. Si Estados Unidos deja de elaborar tal estrategia, sus ciudadanos quizás amanezcan un día domingo en aproximadamente una década más, despertados por el zumbido de las sirenas de advertencia que dan el aviso de otro ataque estilo Pearl Harbor, lanzado contra los intereses estadounidenses en algún país asiático. **MR**

NOTAS

1. Ésta ha sido la conclusión sacada de numerosas conversaciones durante los dos años pasados con ciudadanos chinos en Beijing, Shanghai, Hong Kong, Taipei, y Honolulu, además de discusiones con "expertos sobre asuntos chinos" en Asia y Estados Unidos. No obstante, no todos están de acuerdo con esta conclusión.

2. Para el texto completo del discurso de Chi, ver "Chinese Views of Future Warfare", publicado por el Instituto de Estudios Estratégicos Nacionales en la Universidad Nacional de Defensa.

3. Xinhua, 3 de marzo de 1998.

4. Prensa Asociada, Hong Kong, 20 de marzo de 1998. Para información sobre la compra de un portaaviones a Francia, ver Nayan Chanda, "No-Cash Carrier: France May Be Buckling on Chinese Arms Embargo", *Far Eastern Economic Review*, 10 de octubre de 1996.

5. Para los textos, ver comunicados de prensa del Departamento de Defensa, 14 de mayo de 1997 y 11 de diciembre de 1997.

6. Para el texto, ver el comunicado de prensa del Departamento de Defensa del 27 de enero de 1998.

7. Información sacada de discusiones al respecto entre los oficiales destinados en el Comando del Pacífico y en Washington D.C.

8. Entrevista con el autor, 18 de febrero de 1998.

9. John Pomfret, "Even Up Close, China's Vision of U.S. Is Out of Focus, Defense Officials Indicate", *The Washington Post*, 15 de febrero de 1998, pág. A10.

10. Discusiones con los chinos y personas de occidente que pidieron que no se les identificara. Para un estudio reciente de los oficiales militares chinos, ver James C. Mulvenon, "Professionalization of the Senior Chinese Officer Corps: Trends and

Implications", Instituto Nacional de Investigaciones de Defensa, RAND, 1997.

11. Xinhua, 11 de septiembre de 1997.

12. Xinhua, 18 de febrero de 1998.

13. Xinhua, 16 de diciembre de 1997.

14. Xinhua, 14 de julio de 1997.

15. Xinhua, 5 de septiembre de 1997.

16. Conversaciones con el autor en Beijing y Shanghai, octubre de 1997.

17. Nayan Chanda, "Clinton's Foreign Policy: A Victim of Globalization? A View from Asia (I)", *Foreign Policy*, 109 (Invierno de 1997-98), pág. 67.

18. Yoichi Funabashi, "Clinton's Foreign Policy: A Victim of Globalization? A View from Asia (I)", *Foreign Policy*, 109 (Invierno de 1998-98), págs. 51-54.

19. "Escape Clause", *Far Eastern Economic Review*, 12 de marzo de 1998, pág. 8.

20. Xinhua, 24 de enero de 1998.

21. Comentarios hechos durante un taller patrocinado por el Centro Asiático-Pacífico para Estudios de Seguridad, Honolulu, 12-14 de enero de 1998.

22. Website de Paul Krugman, enero de 1998: <http://web.mit.edu/krugman/www>

23. Discusiones con el autor, Beijing y Shanghai, octubre de 1997.

24. Para una discusión de los lazos económicos del Japón con Indonesia, ver Kazunari Yokota y Sei Sasaki, "Economic Ties with Indonesia Strained", *Nikkei Weekly*, 23 de marzo de 1998, pág. 1.

25. Página Web de la Agency de Defensa Propia del Japón: <http://www.jda.go.jp>.

26. Para una discusión de los intereses en juego en el Mar de China Meridional, ver Reynolds B. Peele, "The Importance of Maritime Chokepoints", *Parameters*, 27 (verano de 1997), pág. 61-74.

Richard Halloran es autor de varios artículos sobre temas de seguridad en Asia, política estadounidense en Asia, y asuntos relacionados con Asia y el Pacífico, para publicaciones en América y Asia. Se ha desempeñado como corresponsal para asuntos extranjeros para el diario The New York Times en Asia, y como corresponsal militar en Washington, D.C. Previo a asumir dicha posición trabajó en Estados Unidos y en Asia para el diario The Washington Post y para la revista, Business Week. Sirvió como Director del Programa de Periodismo y Comunicaciones en el Centro de Estudios Este-Oeste en Honolulu desde 1990 hasta 1994. Recibió el grado de bachiller en la Universidad de Dartmouth y la Maestría en Estudios de Asia Oriental en la Universidad de Michigan, habiendo recibido además una beca de la Ford Foundation para estudiar en el Instituto de Asia Oriental de la Universidad de Columbia, en Nueva York. Ingresó en el Ejército en el año 1952, fue nombrado al rango de subteniente tras su cumplimiento del curso en la Escuela para Aspirantes a Oficiales, prestó servicios en la 82ª División de Paracaidistas en el Fuerte Bragg, en Carolina del Norte, y fue destinado en grupos de asesoría militar en Japón, Okinawa, Corea, Vietnam y Taiwán. Es autor de cuatro libros.